

A la fresca sombra de unos altos álamos, junto a la clara corriente de un manso arroyo que con suave murmullo corría entre las verdes praderas, se hallaba el pastor Sireno recostado sobre la hierba. Su zampoña yacía olvidada a su lado, pues mayor cuidado ocupaba su pensamiento que el de alegrar con música los campos. Miraba de cuando en cuando las aguas, como si en ellas quisiese ver retratada la causa de su tristeza.

—¡Ay, Diana! —decía entre suspiros—. ¿Cómo pudo mudarse tan presto aquel amor que tantas veces juraste eterno? Bien sé que estas montañas y estos valles fueron testigos de tus promesas, y aún parece que las aves que nos oían cantar se entristecen ahora de ver mi desventura.

Mientras así se lamentaba, llegó por el mismo camino el pastor Sylvano, que traía consigo un cayado de acebo y guiaba distraídamente su rebaño. Viendo el estado en que su amigo estaba, sentóse junto a él y le dijo:

—No hay en toda esta ribera quien no conozca tu pena, Sireno; mas también sabes que el amor tiene por costumbre dar contento y quitarlo cuando menos se espera. Cuéntame de nuevo tu desdicha, pues tal vez al comunicarla halle tu corazón algún alivio.

Entonces Sireno alzó los ojos hacia las cumbres lejanas, donde el sol comenzaba a dorar los montes, y respondió:

—Si los árboles, los ríos y los prados pudiesen hablar, ellos contarían mejor que yo la historia de mi ventura pasada y de mi presente dolor. Porque en este mismo lugar me juró Diana que jamás otro pastor ocuparía su pensamiento. Y ahora, ¡triste de mí!, sé que otro goza del bien que yo perdí.

Y diciendo esto, dejó caer algunas lágrimas que fueron a mezclarse con el agua del arroyo, como si la naturaleza misma quisiera acompañar su llanto.

«Y Amadís, que de todos los caballeros era tenido por el más valiente y leal, cabalgaba por un espeso bosque buscando aventuras con las que aumentar su honra. No tardó mucho en encontrar ocasión para mostrar su gran valor, pues vio venir hacia él a un caballero armado de todas sus armas, que traía gran soberbia en el semblante.

Cuando ambos estuvieron cerca, el caballero extraño habló con voz altiva:

—Deteneos, caballero, y decid vuestro nombre, pues ninguno pasa por este camino sin probar primero su fuerza conmigo.

Amadís respondió con gran mesura:

—Mi nombre es Amadís de Gaula, y no rehúyo combate si con ello he de defender mi honra y servir a mi señora Oriana.

Apenas hubo dicho estas palabras, arremetieron el uno contra el otro con gran ímpetu. Sus lanzas se quebraron en el primer encuentro, y luego, echando mano a las espadas, comenzaron tan duro combate que el ruido de los golpes resonaba por todo el bosque.

Mas Amadís, que era el más esforzado caballero que entonces vivía, hirió finalmente a su enemigo y lo derribó del caballo. Viéndose vencido, el caballero rogó merced.

Amadís, movido por su noble corazón, le perdonó la vida, diciendo que ningún caballero digno debía matar a quien se rendía. Y así continuó su camino, pensando siempre en la hermosa Oriana, por cuyo amor realizaba todas sus hazañas.»

«Cuando Abindarraez, joven moro de noble estirpe, llegó a la ciudad, todos admiraban su valor y caballerosidad. Su porte era altivo y sus gestos llenos de dignidad, mostrando que era un caballero valiente y honorable. No había en su corazón otra intención que servir con lealtad y defender su honor, como había aprendido de sus mayores.

Pronto se vio cautivado por la belleza de Jarifa, hija de un noble musulmán de la ciudad. Sus ojos reflejaban dulzura y nobleza, y su voz parecía música que calmaba el alma. El amor que nació entre ellos era profundo y sincero, aunque el destino les presentaba graves obstáculos, pues Abindarraez fue hecho prisionero por cristianos durante un enfrentamiento, y su libertad dependía del cumplimiento de condiciones difíciles y peligrosas.

Mientras permanecía en cautiverio, Abindarraez demostró su valor, inteligencia y honor, ganándose el respeto incluso de aquellos que le habían capturado. La ciudad y sus calles exóticas, los palacios con sus jardines y fuentes, y los lujosos objetos de sus casas, mostraban la riqueza y el ambiente cultural y refinado de Al-Ándalus, que mezclaba elementos cristianos y musulmanes de forma sorprendente.

Finalmente, gracias a su nobleza, honradez y valentía, Abindarraez consiguió recuperar su libertad y demostrar a todos su honor. La unión con Jarifa se convirtió en el símbolo del triunfo del amor verdadero y del heroísmo del caballero moro, dejando una historia que combinaba aventura, amor, exotismo y un final feliz.»

Cuando servía a un clérigo, aprendí que la vida del pobre estaba llena de hambre y astucia. Mi amo guardaba su pan en un arca cerrada, y apenas me daba algo de comer cada día. Viendo mi necesidad, comencé a buscar la manera de sobrevivir con ingenio.

Un día, pedí a un calderero que me hiciera una llave que pareciera la del arca. Así, cuando el clérigo salía, yo abría el arca con cuidado y tomaba un poco de pan, procurando que nadie lo notase. Para engañarle más, hacía pequeños agujeros en los panes, fingiendo que los ratones los habían roído.

Aprendí también que cada amo tenía sus propias reglas y defectos. Algunos eran avaros, otros crueles o hipócritas. Esto me enseñó a adaptarme a la sociedad y a sus injusticias, usando mi astucia para conseguir lo necesario para vivir.

A través de estas experiencias, entendí que la vida de un humilde como yo estaba llena de dificultades, pero que la ingeniosidad y la inteligencia podían ser armas tan eficaces como la fuerza o la riqueza.